

su trabajo, que al describir las diferentes formas de conservación del material en la época logra atrapar al lector con cada una de ellas.

Apelando a la memoria y erigiéndose en disparador de interrogantes de suma actualidad, este libro con-

juga el estudio de los aspectos técnicos de la conservación de material filmico, con la descripción e interpretación de los procesos históricos en los que el mismo fue producido.

María Cargnelutti

La invención del peronismo en el interior del país.

Macor, Darío y Tcach, César (compiladores), (2003). Ed. Universidad Nacional del Litoral en colaboración con el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba.

En 1977 Manuel Mora y Araujo publicó un interesante ensayo acerca de las características del peronismo, en el que distinguía lo que llamaba "potencial laborista", dominante en el Gran Buenos Aires y otras zonas urbanas, del "potencial populista", típico de las zonas más periféricas, rurales y de escaso desarrollo industrial del país. A esas bases políticas agregaba un "potencial de clase media", expresado principalmente en el Radicalismo.¹ La dicotomización del caudal peronista es básica, independientemente del nombre que se le dé a sus dos componentes. No hay por qué discutir excesivamente sobre nombres dados a las cosas, pero yo preferiría reservar el concepto de populismo, o nacionalismo popular, al conjunto del movimiento, justamente por su capacidad de integrar diversos sectores, de los cuales los dos aludidos no son los únicos, pero sí los principales, sobre

todo en términos numéricos. Yo llamaría conservadurismo popular a lo que Mora llama populismo (del interior del país), caracterizado por una escasa movilización popular, concepto que a veces, equivocadamente, se aplica a todo el peronismo, basándose en la experiencia menemista. En cuanto al concepto de "potencial laborista", hay que usarlo con cuidado, para distinguirlo del fenómeno que dio origen al término, o sea el laborismo inglés. Pero admito que como uno de los constituyentes del proceso político iniciado por Juan Domingo Perón fue precisamente autodenominado Laborista, no está mal usar este término, si se quiere, para señalar la diferencia con el peronismo del interior. Sin embargo, al hacer alusión a las masas obreras de las zonas industriales, hay que tener en cuenta un componente muy importante de la coalición de que fueron parte, que las

diferencia, en su estructura política, de las del modelo típico laborista. Se trata de la presencia de élites reclutadas en la parte alta de la pirámide, que forman lo que podríamos llamar un cuarto potencial político, de "élites de derecha *anti status quo*", *contradictio in adjecto* sólo aparente.² Ese mutante de la política está presente, como actor más o menos autónomo, sobre todo en los países de la periferia o del Tercer Mundo, mientras que en las naciones centrales sus componentes están en general incorporados al conservadurismo. Y cuando en momentos de crisis particularmente agudas no lo están, en esas latitudes han formado parte más bien del fascismo, razón por la cual es comprensible que entre nosotros se haya considerado por mucho tiempo al peronismo como una variante de ese fenómeno, al menos en ambientes opositores. Sin embargo, ya Gino Germani desde sus trabajos iniciales sostuvo que se trataba de cosas bien distintas.³ A otros investigadores, como S. Martin Lipset, la insistencia en usar modelos del Primer Mundo los ha llevado a apelar al concepto de fascismo para englobar fenómenos de movilización popular "inclasificables" con el canon liberal clásico, lo que es extraño, ya que contaban con el concepto de populismo, con raíces tanto en la experiencia norteamericana como en la rusa, y también con el de bonapartismo. Lo interesante, y en general poco tenido en cuenta, del análisis de Lipset, es que dividía al "fascismo" (así, entre comillas, en su artículo, pero hubiera sido mejor llama-

marlo autoritarismo) en tres variantes, derecha, centro, e izquierda. En la derecha incluía al salazarismo y al franquismo, en el centro a nada menos que el nazismo, y en la izquierda al comunismo y al peronismo. La lógica de esta clasificación está en el tipo de apoyo social de esas variantes, no en su ideología. En el caso del nazismo, Lipset constata que tomó sus votos más de ciertos partidos de clase media que de los basados en las populares o en las altas, aunque fue utilizado por estas últimas como ariete contra el "peligro rojo"; y algo parecido se puede decir del fascismo italiano. Lo interesante, aunque a primera vista paradójico, es que Lipset engloba en una misma categoría al peronismo y al comunismo, siendo éstos tan opuestos, aparentemente, en lo ideológico. Pero si se toma el rabanito por la parte de abajo y no por las hojas, los parecidos son notorios: apoyo popular, organizado en sindicatos, bien o mal manejados, simpatía de sectores pobres, y mentalidad y práctica fuertemente autoritarias. En los casos europeos occidentales esta tradición autoritaria del comunismo no se concretó en gobiernos, lo que sí ocurrió en el peronismo (y en el varguismo o el cardenismo). Así es como estos fenómenos latinoamericanos, por haber ejercido el mando, pueden pasar por ser más autoritarios que los de raíz marxista, cuando en una perspectiva más abarcadora la cuestión es absolutamente opuesta. De todos modos, si dejamos de lado las experiencias supuestamente socialistas más genocidas, y nos concentramos en

el eurocomunismo, éste se diferencia del peronismo no sólo por las hojas ideológicas sino también por la estructura de clases –no sólo las populares– que es su base. Se trata del tipo de elites políticas incorporadas, que, tanto en el eurocomunismo, como en la socialdemocracia o en el laborismo en los que se ha convertido, son principalmente intelectuales y minorías progresistas de la clase media. En cambio, en el peronismo esos grupos le fueron mayoritariamente opuestos, y su rol fue sustituido por sectores de la milicia y el clero, intelectuales de derecha, y núcleos minoritarios pero estratégicos de los industriales y de las clases altas, sobre todo provinciales. Lo cual nos lleva al tema del presente libro, focalizado, por supuesto, como su título lo indica, en el "interior" del país.

Antes de entrar de lleno en ese tema, agreguemos otro prolegómeno. Al "potencial de clase media" de Mora y Araujo, base del Radicalismo, hay que agregar, para completar el elenco de los principales actores políticos, a lo que para seguir con esta terminología se puede bautizar como "potencial de clase alta", principalmente basado en los sectores de esa clase que no estén pasando por la extraña mutación de oponerse al *status quo*. No es que la derecha se base sólo en el voto o el apoyo de las clases altas, pero en todo el mundo tiene en ellas su más sólido bastión organizativo y financiero, y también un semillero de dirigentes y formadores de opinión pública. La experien-

cia mundial demuestra que en los países de desarrollo mediano para arriba, la derecha, cuando es electoralmente fuerte (casi siempre lo es), se basa en la fusión del "potencial de clase media" con el "potencial de clase alta" más puro, alianza cuya fuerza se ve favorecida por el hecho de que no existe, o es muy débil, el "potencial de elites de derecha anti *status quo*". Un tema que debería ponerse sobre el tapete de nuestras investigaciones sobre los orígenes del populismo –no sólo el peronismo– es el de las tensiones sociales que favorecen la formación de esas elites anti *status quo*, sea en sectores altos de la pirámide social (peronismo, varguismo) o medios, de mayor o menor grado de radicalización (aprismo, fidelismo). Y nótese que, al incluir a estos cuatro animales políticos en una misma bolsa, como expresiones de movilización de masas por elites anti *status quo*, no se está diciendo que sean la misma cosa. Tienen sí algún parecido, a cierto nivel de abstracción, y se diferencian de los fenómenos puramente laboristas o socialdemócratas en que éstos, aunque también incluyen elites no obreras en su composición social, no les dan tanto peso como en los casos anteriores, clasificables como variantes del nacionalismo popular. En esta bolsa, a pesar de las diferencias, hay una característica común, que es el rol dominante de las elites (simbolizadas por un líder carismático, pero no reducibles a su persona) y en general la debilidad del componente sindical obrero. En esto el peronismo está en un extremo, puesto

que en él el elemento obrero fue siempre muy fuerte, y sigue siéndolo, si se define adecuadamente el concepto de "clase obrera", tema al que volveremos. Sobre si ese componente fue más o menos autónomo se ha discutido mucho, y éste no es el momento de volver sobre una literatura muy conocida. De todos modos, es innegable que mientras existía el líder máximo, el grado de verticalismo que se daba en todas las cuatro variantes mencionadas del nacionalismo popular era mucho mayor que en la experiencia socialdemócrata o inclusive la eurocomunista (aunque en el comunismo periférico, desde la Unión Soviética a China o Cambodia, el verticalismo se daba en medida aún mayor, y no sólo al estar en el poder). Al desaparecer el jefe palingsónico, su rol puede reencarnarse por unos años en otros personajes (João Goulart, Alan García, Carlos Menem), pero con el pasar del tiempo y con la evolución de la estructura social, no se lo puede reconstituir de la misma manera.

Los trabajos compilados por Darío Macor y César Tcach en el libro que motiva estas reflexiones echan luz sobre esta problemática, cubriendo una amplia gama de lo ocurrido en el interior argentino, desde provincias de amplio desarrollo económico como Santa Fe y Córdoba (aunque escasa modernización en esta última) hasta el extremo Noroeste, Cuyo, y la Patagonia. Lo ocurrido en esas regiones no es una parte menor de la problemá-

tica del surgimiento y característica del peronismo, puesto que aun cuando en el área capitalina se concentra una gran parte de la población del país, ella es apenas un tercio del total, o sea una minoría. Esta temática ha sido cultivada ya por diversos autores, aun los incluidos en esta compilación, pero en ella se pueden apreciar importantes contribuciones y nuevos aportes, particularmente valiosos al prestarse para un análisis comparativo, y ser más accesibles al público. Las dos mayores provincias, Santa Fe y Córdoba, son la especialidad de los organizadores del volumen, que les dedican sendos capítulos, complementados por otros de Marta Philp y de Natacha Bacolla. El foco se pone, en éstos como en los demás capítulos, sobre los actores que en algún sentido podemos llamar "de elite", en general ligados a partidos tradicionales, desde el Demócrata Nacional hasta las variantes del Radicalismo, pero también se cubre, aunque en menor profundidad, la condición de los sectores populares. Corresponde aquí plantearse cuán importantes han sido esos "sectores" populares. ¿Son muchos o pocos, numéricamente? ¿Tienen mucho o poco peso político? ¿Son una clase, o simplemente un sector, un estrato, o, peor aún, una mera "categoría"? Para ser más claros, ¿son una *class an sich*, o una *class für sich*? Estadísticamente (*class an sich*) por cierto que existen, y son mayoría, si se suman sus componentes urbanos a los rurales (asalariados). Y si nos concentramos en el área urbana

también son mayoría, aunque no lo sean los grupos organizados, con alguna experiencia política (*class für sich*). Y ya sabemos lo que pensaba Karl Marx de los sectores populares no organizados, sin conciencia de clase, que a su juicio formaban una "bolsa de papas" fácilmente levantable por la "apelación" de cualquier Bonaparte con un poco de imaginación y un entorno que le sirva de base inicial de sustentación.⁴

Ahora bien, la "elite anti *status quo*" que fue un componente central del peronismo se reclutó en gran medida en ambientes capitalinos, y su estudio no cae en el temario de este libro. Pero es importante explorar, en cada provincia, cómo jugaron los miembros locales de esas elites, u otras de tinte más regional. También hay que ver cómo se estructuraron las clases populares, pues no es lo mismo su protagonismo en las zonas rurales arcaicas o de frontera, que en las grandes concentraciones azucareras o mineras, donde constituían un elemento político muy importante, decididamente más cercano al "potencial laborista" (variante populista) que al del conservadorismo popular. Por otra parte, no todos los elementos no obreros que actuaron en la formación del peronismo fueron de derecha, pues en algunos lugares se reclutaron más bien en el radicalismo yrigoyenista. En las zonas más pobres o periféricas del país hubo mayor tendencia a que grupos de las clases altas locales, resentidas contra el predominio porteño, se enrolaran en un movimien-

to como el peronismo, que "combatía al capital" y a sus satélites, concentrados en la gran urbe. Éste es el conocido fenómeno de "los ricos del país pobre, aliados con los pobres del país rico, luchando contra los ricos del país rico". En cuanto a los pobres del país pobre, ellos eran muy numerosos, pero tenían poco peso político, y eran fácilmente manejables por los sectores dominantes locales, sea en un modelo conservador clásico (Corrientes, con su alianza Liberal Autonomista), o en uno conservador popular (Salta, Córdoba), o aún en un populismo clásico (casi "laborista") donde la movilización popular era intensa, como ocurría en aquellos tiempos casi sólo en las concentraciones azucareras de Tucumán, Salta y Jujuy, aparte de las grandes urbes.

Córdoba y Santa Fe plantean un primer contraste. Córdoba tenía un fuerte conservadorismo, dividido en una corriente católica nacionalista, y una más liberal y latitudinaria. El nacionalismo católico, con ribetes por cierto falangistas y, diríamos hoy, algo fundamentalistas, era más bien minoritario entre las clases altas del país, muy influidas por el laicismo y por la cultura anglosajona y francesa. Esta actitud, mayoritaria entre las clases altas, era perfectamente compatible con el elitismo y el fraude, o con eventuales dictaduras correctivas de los desaciertos populares, pero rechazaba la movilización de masas del fascismo, que podía (¿hegelianismo sin saberlo?) convertirse en su opuesto una vez muerto el líder.

El nacionalismo católico, entonces, aunque de derecha, incluso de extrema derecha considerado ideológicamente, estaba entre los "perdedores" del régimen previo, y por lo tanto decidió aliarse con los muy heterogéneos sectores nucleados alrededor de Perón (más tarde abandonarían esa alianza, algunos de a poco y otros en masa durante el enfrentamiento con la Iglesia en 1954-1955). En Córdoba los sectores sindicales eran débiles, pero no inexistentes, y su liderazgo era principalmente socialista y comunista. En ambos grupos ideológicos la resistencia a integrarse al nuevo movimiento fue fuerte, dada la peculiar característica de quienes pasaron a ser los dirigentes del peronismo en esa provincia. De todos modos, muchos sectores populares se plegaron al Laborismo, que tuvo constantes enfrentamientos con el personal de origen conservador o de la derecha de la Unión Cívica Radical Junta Renovadora.

En Santa Fe, en cambio, el elemento clerical no era tan fuerte, y aunque estuvo presente en el peronismo, no tuvo tanto peso como en Córdoba, su lugar siendo más bien tomado por gente venida del Radicalismo. Entre los muy numerosos arrendatarios del sur de la provincia se dio una situación compleja y contradictoria. Por un lado la nueva legislación les aseguraba sus tenencias, pero por el otro los antagonizaba con medidas como la prohibición de contratar personal de la familia para ciertas tareas. En Rosario había un movimiento

obrero de significación, masivamente volcado al Laborismo, aunque sin muchos de sus viejos dirigentes. Uno se queda con la incógnita de saber en mayor detalle cuál fue el desempeño de estos sindicalistas de viejo cuño, cómo su liderazgo entró o no, se dividió o no, al plegarse o resistirse al peronismo. Digno de mención, como síntoma de una "Argentina que no fue", es la rebelión de ciertos dirigentes de peso, que quisieron competir con Perón, como el Capitán Héctor Russo, en Córdoba, desde los primeros tiempos de la Secretaría de Trabajo y Previsión, hasta el gobernador Waldino Suárez, de Santa Fe, al que fue necesario desplazar interviniéndole la provincia.

Salta, estudiada por un equipo formado por Azucena del Valle Michel, Esther María Torino y Rubén Correa, constituye un contraste con Jujuy, a cargo de Adriana Kindgard, comparable un poco al que diferencia Córdoba de Santa Fe. Salta, con una clase alta consolidada, y fuertes raíces católicas, evidencia una división del conservadurismo, y el ingreso masivo de uno de sus sectores al nuevo movimiento, en el que tuvieron que enfrentar a los grupos obreros de las regiones azucareras. En cambio Jujuy, sociedad menos aristocrática, con mayor peso relativo de los componentes sindicales del azúcar y de la minería, protagonizó una transferencia masiva del radicalismo yrigoyenista, dirigido por el prestigiado caudillo Miguel Tanco, al nuevo movimiento,

en difícil convivencia con los grupos laboristas.

Caso muy especial es el de Tucumán, cubierto por Noemí Girbal-Blacha y por Gustavo Rubinstein. Ahí el enclave azucarero era electoralmente dominante, a diferencia de las otras dos provincias norteañas. Había inicios de sindicalización, siempre muy reprimidos y con muy poca fuerza, pero importante presencia de izquierda dentro de ese pequeño ámbito organizado. Las nuevas autoridades puestas en ejercicio de la Intervención en 1943 pertenecían a la extrema derecha fascizante, a pesar de lo cual (¿o debido a lo cual?) algunos de sus componentes iniciaron la sindicalización masiva, ahora apoyada desde el Estado, con notable éxito. Las nuevas cohortes, siguiendo las banderas laboristas –no se puede hablar de conservadorismo popular en este caso– pronto tomaron vuelo propio, y se enfrentaron con los dirigentes de origen burgués del movimiento. La Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA) protagonizó serios conflictos con las autoridades provinciales y nacionales, y tras una larga huelga en 1949 permaneció intervenida hasta el fin del primer régimen peronista en 1955.

Otro caso distinto es el de Mendoza. Ahí el conservadurismo, bastante liberal y sin ataduras clericales, se mantuvo como opositor, lo mismo que parte de la UCR. Pero un sector de ésta, más los miembros de la experien-

cia protopopulista del lencinismo, se plegaron al peronismo, sin poder incorporar a núcleos importantes del movimiento sindical existente, de fuerte orientación comunista o socialista.

En la Patagonia se encuentra un panorama particular. La zona norpatagónica (Neuquén y Río Negro) es estudiada por Enrique Mases y Gabriel Rafart, y Santa Cruz por Juan Vilaboa y Aixa Bona. En estas zonas de frontera, relativamente nuevas, las clases altas tradicionales no existían, sustituidas por una burguesía mediana y pequeña local, o por inversionistas extranjeros y latifundistas nacionales, en general ausentistas. La modernización que ostentaban estas sociedades de frontera había hecho posible, desde los años veinte y treinta, un sistema partidario más completo que en el Noroeste semi-feudal, dando cierta fuerza al socialismo, que llegó a dominar por algunos años los municipios de Neuquén, General Roca y Puerto Deseado. El sindicalismo había pasado por la experiencia traumática de las rebeliones y represiones de 1920-1921, pero había dejado muy pocas semillas en el campo electoral, a diferencia de Chile, en buena medida por la condición extranjera de sus integrantes (cosa que no se daba en el vecino país, donde tanto el extremo Sur como el Norte minero fueron y siguen siendo bastiones socialistas). El fenómeno peronista cuajó en gran escala en la sociedad muy poco jerárquica de Santa Cruz, y en menor medida en Neuquén, donde comenzó a brillar la

estrella de los Sapag, y en Río Negro, donde el Alto Valle, con sus varias ciudades estrechamente ligadas entre sí alrededor de General Roca, ofrecían una base semiurbana de acción, integrando a los asalariados agrícolas, sobre todo del área frutera, al escenario político nacional. En Neuquén el apoyo estaba más bien dado por la gran cantidad de ocupantes precarios del campo, que, como los arrendatarios de la Pampa Gringa, recibían protección, y dada su característica de productores de subsistencia no eran afectados por la protección laboral a los asalariados. Por otra parte, el nacionalismo en esta parte del país tenía un componente particular, preocupado por la cercanía chilena y por la presencia de sus inmigrantes.

El rompecabezas de los actores sociales locales y de sus convergencias o conflictos va emergiendo de la lectura de este libro, aclarando el ámbito nacional, ayudando a comparar, como en un tubo de ensayo, sus reacciones en un medio particular, en lo que se acerca a ser un cuasiexperimento con variables controladas. Lo que hay que seguir explorando, una vez ya bastante ubicadas las elites involucradas, es cómo se dio su acceso a una parte muy amplia de la población de menos recursos. Dejando de lado los extremos conceptuales de autonomía o heteronomía, lo que se precisa es ver en detalle el proceso, examinando no sólo el bosque sino los árboles, analizando las motivaciones y mentalidades de los dirigentes, los

militantes, y las bases, favorables o contrarias al proceso, y la influencia de los escenarios en que les tocó actuar. Seguir estudiando esta problemática es una de las asignaturas pendientes de nuestra sociología política, y es de esperar que muchos más sigan las huellas de estos trabajos pioneros.

Torcuato S. Di Tella *

* Universidad de Buenos Aires; sociólogo. La transcripción de este comentario ha sido autorizada por el director de Desarrollo Económico, Dr. Juan Carlos Torre.

- 1 Manuel Mora y Araujo, "Populismo, laborismo y clases medias: política y estructura social en la Argentina," *Criterio 1755-1756* (1977).
- 2 Ver, para un elenco algunos de los personajes de este grupo, Sandra McGee Deutsch, *Counterrevolution in Argentina: The Argentine Patriotic League*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1986; David Rock, *La Argentina autoritaria: los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Buenos Aires, Ariel, 1993; y Uki Goñi, *Perón y los alemanes: la verdad sobre el espionaje nazi y los fugitivos del Reich*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- 3 Para no volver a citar la bibliografía demasiado conocida, menciono aquí su folleto *La integración política de las masas y el totalitarismo*, Buenos Aires, Colegio Libre de Estudios Superiores, 1956. Ese enfoque está ya implícito en su *Estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1955.
- 4 Marx quedó debiéndonos, en su Dieciocho

Brumario y obras conexas, un análisis "marxista", o sea en términos de estructura de clases, de los factores que hicieron posible la formación de ese entorno, sin el cual el líder no podría surgir. Quizás Marx pensaba que en condiciones de crisis final del capitalismo siempre habría algún aventurero que trataría de salvar el sistema a

pesar de los propios engegucidos beneficiarios del mismo. La inevitable y próxima revolución social hacía poco interesante estudiar esos remanidos pútridos del devenir social, pero ahora que vemos que el final se aleja, es necesario hacer este análisis, sobre todo en los países de la Periferia.

La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay

Devoto, Fernando y Pagano, Nora (editores) (2004). Buenos Aires, Editorial Biblos, 217 pp.

"Se ha sostenido que la historiografía no puede desvincularse, quiéralo o no, con el destino político de cada país –función ideológica que la historiografía asume o se le atribuye– así como de las diversas tradiciones culturales en las que ella se inserta", afirman los editores del texto a reseñar.² Una ley, sancionada recientemente, establece el 1º de julio como día del historiador "a los efectos de recordar y homenajear el esfuerzo que han realizado y realizan los escritores, investigadores, profesores y aficionados dedicados al estudio, propalación y análisis de los acontecimientos de carácter histórico".³ La fecha conmemora la decisión del Primer Triunvirato (1812) que ordenó "...se escriba la historia de nuestra feliz revolución para perpetuar la memoria de los héroes y las virtudes de los hijos de América del Sud, y a la época gloriosa de nuestra independencia civil, proporcionando un nuevo estímulo, y la única recompensa que puede llenar las aspiraciones de las almas

grandes". La responsabilidad recayó en el Deán Gregorio Funes. Su *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán* y el breve capítulo titulado *Bosquejo de la Revolución* constituyeron la primera interpretación del proceso histórico iniciado en 1810 y elaborada a partir de la documentación recuperada y reorganizada por Funes. La ley no reconoce diferencias entre los historiadores profesionales y los militantes, a diferencia del texto en cuestión que compila un grupo de artículos que, bajo el nombre "La historiografía académica y la historiografía militante...", analiza, desde diversas perspectivas y escenarios, el problema de la construcción de las representaciones del pasado, del que participan historiadores profesionales pero también militantes o dueños de ambos adjetivos a la vez. Los artículos dan cuenta de los límites difusos entre ambas aproximaciones al pasado.